

NOVEDAD EDITORIAL

En el libro *'Están tocando nuestra canción'*, Máximo Pradera rastrea y analiza con una mezcla de erudición e ironía los gustos musicales de los tres dictadores y de una veintena más de personajes célebres.

Hitler, Stalin y Franco, esos melómanos

RAFAEL TAPOUNET
Barcelona

Desert Island Discs es un programa de radio semanal de la BBC que lleva 80 años en antena (la primera emisión data del 29 de enero de 1942) y en el que un invitado de renombre habla durante unos tres cuartos de hora sobre las ocho piezas musicales que querría tener consigo en una isla desierta en caso de sobrevivir a un naufragio. Tomando como referencia ese legendario programa por cuyos micrófonos han pasado personajes tan ilustres y variopintos como Alfred Hitchcock, Roald Dahl, Lauren Bacall, Desmond Tutu, Tom Hanks, David Beckham y la princesa Margarita (y muchos más; la lista supera los 3.000), el periodista, escritor y divulgador musical Máximo Pradera (Madrid, 1958) ha rastreado los gustos musicales de una veintena de celebridades y los comenta, con encomiable mezcla de erudición y gracejo, en *Están tocando nuestra canción* (Libros del Kultrum), un volumen que él mismo, en jocosa paráfrasis de Saddam Husein, califica como «la madre de todas las *playlists*».

En el libro, Pradera utiliza las preferencias de algunas figuras destacadas como un pretexto para explicarse sobre un puñado de piezas musicales «que sobresalen por su calidad artística o por su importancia social». Sin distinción de géneros ni orígenes: aquí la ópera alemana convive con el rock and roll y la música barroca, con la copla. «Pretende ser un libro motivador —aclara el autor—, para animar al lector a escuchar

música como a mí me gusta escucharla. Además, me interesa mucho la manera en que los famosos reflexionan sobre la música. La segunda cosa que más me gusta después de escuchar música es oír a otra gente hablar sobre música».

Algunos de los personajes ele-

«Me interesa eso de que a gente indeseable le guste música excelsa»

gidos por Pradera (Paul McCartney, Marlene Dietrich, Deborah Kerr, Bruce Springsteen, Louis Armstrong, Patricia Highsmith, Sophia Loren...) participaron en *Desert Island Discs*, lo cual simplifica mucho el trabajo de investigación. Más enjundioso ha sido buscar las canciones favoritas de Na-

poleón, de Lenin, de la reina inglesa Isabel II o del antes mencionado Saddam Husein, un tipo a quien, al parecer, le chiflaba la rotunda diva del hip-hop-soul Mary J. Blige.

Genocida de opereta

El dictador iraquí no es el único sátropa que aparece en las páginas de *Están tocando nuestra canción*. También hay capítulos dedicados a Adolf Hitler, Iósif Stalin y Francisco Franco, otros tres tiranos célebres que, por una buena razón, nunca fueron invitados al programa *Desert Island Discs*. «Me interesa esa contradicción de que a gente indeseable le pueda gustar una música excelsa —señala Pradera—. Como Hannibal Lecter, un psicópata caníbal que sabe tocar las *Variaciones Goldberg*. Ese tipo de cosas crea un cortocircuito mental que es positivo, porque nos obliga a reconsiderar la manera en que pensamos sobre estos asuntos. Me apetecía hurgar en esa contradicción e incomodar un poco al lector».

Para conocer qué música escuchaba Hitler en la intimidad, Pradera toma como fuente la fascinante historia de un capitán de la inteligencia militar soviética que, tras la caída de Berlín, se pasó con un par de camaradas por la Cancillería del Reich para ver qué podía rapiñar; allí encontró unas cajas con los discos de pasta privados del Führer y se los llevó a su dacha cerca de Moscú, donde permanecieron ocultos en un desván durante casi 50 años, hasta que la hija del capitán los descubrió por casualidad. Gracias a ese hallazgo, sabemos que Hitler se deleitaba escuchando en privado

En sus últimos días, Hitler cambió a Wagner por las operetas de Lehár



Stalin, en un momento de descanso.



Adolf Hitler, en una pose característica.

Álvaro Monge

obras de compositores rusos como Chaikovski, Rachmaninov y Borodín (¡el enemigo!), las previsible óperas de su idolatrado Wagner (*Lohengrin* fue la primera que le cautivó, con 12 años) y música de Beethoven, en particular las Sonatas para piano números 24 y 27.

La derrota de la Wehrmacht en Stalingrado no solo cambió el signo de la Segunda Guerra Mundial, sino también los gustos musicales de Hitler, que, a partir de ese momento, según revelaron miembros del personal de servicio de la Cancillería, solo quería temprar su apesadumbrado ánimo con las operetas del austrohúngaro Franz Lehár. Y entre ellas, su predilecta era *La viuda alegre*, que relata los desvelos de un grupo de nobles de un pequeño principado llamado Pontevedro para evitar que la viuda más rica del país se case con un extranjero.

En el proceso de recogida de información para el libro, Pradera reconoce haber contraído una deuda con el pavoroso Stalin. «Gracias a él he conocido la canción *Suliko*, que era su preferida y es muy bonita». *Suliko* es una composición que nació de un poema escrito por un aristócrata georgiano (el conde Akaki Tsereteli) y que acabó formando parte del repertorio del coro del Ejército Rojo. Tal vez eso nos diga algo sobre la capacidad de la música para trascender estamentos e ideologías.

Es también conocida la debilidad que Stalin sentía por el *Concierto para piano número 23* de Mozart, aunque en este caso es dudoso que la fascinación hubiera sido la misma si el dictador no hubiera descubierto la pieza en una interpretación de la pianista Mariya Yúdin, a la que veneraba sin reservas. Mucho más retorcida, de naturaleza casi sadomasoquista, era la relación que el tirano mantenía con el compositor petersburgués Dmitri Shostakóvich, autor de algunas de sus piezas favoritas (*La canción del contraplán*, la sinfonía *Leningrado*, *La canción de los bosques*) pero a quien hizo caer en desgracia una y otra vez al condenar el «formalismo contrarrevolucionario» de obras como la ópera *Lady Macbeth de Mtsensky* y la Novena Sinfonía.

Sumisión en La Granja

«Los gustos musicales de Franco son absolutamente previsible», subraya Pradera. A juzgar por lo

que desvela en el libro, hay que darle la razón: zarzuela, copla y poco más. El generalísimo se solazaba escuchando pasajes de *Mari-na*, una ópera de origen zarzuelero que transcurre en Lloret de Mar y cuyo autor, Emilio Arrieta, compuso también la música del popular himno ¡*Abajo los Borbones!*, y el repertorio de Juanita Reina, la emperatriz de la copla, una presencia indispensable en las galas artísticas con las que Franco agasajaba a los miembros del cuerpo diplomático en el Palacio de la Granja cada 18 de julio.

«Lo que más me gusta del pasaje de Franco son esas recepciones en La Granja y la relación de explotación que tenía con los artistas, de obligarles a ir año tras año para que le hicieran quedar bien delante del cuerpo diplomático sin pagarles un duro —comenta



Francisco Franco, con un buen abrigo.

Franco se solazaba con la ópera 'Marina' y con el repertorio de la coplista Juanita Reina

el autor. Y esa tensión que se creaba: si te llamaban, mal, y si no te llamaban, peor». Por supuesto, nadie se atrevía a declinar la invitación del dictador. La única que se atrevió a desairar al Caudillo fue Concha Piquer, quien, después de actuar ante Franco en una cacería, fue requerida para volver al escenario a cantar *Ojos verdes*, una pieza cuya versión original aludía a un amorío homosexual y que al Generalísimo le gustaba más que pescar salmones. La Piquer se negó alegando que en ese momento estaba merendando y emplazó a Franco a ir al teatro si quería verla cantar. Nunca más fue invitada a La Granja. ■



Juan Tallón y David Trueba, ayer en el CCCB.

Calentando motores

Los autores filosofaron sobre literatura, arte, política y mucho más en una jugosa conversación en el CCCB seguida por Ada Colau. Sant Jordi está a la vuelta de la esquina y Tallón apunta a bombazo con 'Obra maestra'.

Tallón y Trueba, artistas de la palabra y el humor

MARTA CERVERA
Barcelona

El madrileño David Trueba y el gallego Juan Tallón demostraron que su conexión va más allá de la literatura en la divertida conversación entre ambos mantenida ayer en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB). Dejó frases memorables y provocó muchas risas entre el público. El motivo principal de la charla era hablar con el periodista David Guzmán como moderador sobre los libros de ambos autores con Anagrama. Por una parte *Obra maestra*, una novela de Tallón que intenta aclarar la desaparición de una escultura de Richard Serra de 38 toneladas del Reina Sofía, un artefacto literario de primera magnitud y un retrato satírico del arte contemporáneo y de su gestión por parte de la Administración. En fin: uno de los títulos importantes del Sant Jordi 2022.

Por otra, *Queridos niños*, una ficción muy real e irónica inspirada en todo lo que hay detrás de la campaña electoral de una candidata conservadora con mucho postuero y poco fondo. Veremos cuál de ellas dará la campana en Sant Jordi. La de Tallón por hora ya va por la tercera edición y la de Trueba, por la segunda. Ambos autores comparten editorial y un sentido del humor peculiar. Sus últimas novelas desvelan los intrínsecos de la política, ya sea en el

mundo del arte o en la arena electoral. «Nuestro trabajo consiste en entender cosas que ni siquiera nos hemos parado nunca a tratar de comprender. La Administración pública y la política son ejemplos perfectos porque son dos cosas que están allí con las que intentamos tener la mínima relación posible», señaló Trueba provocando risas cómplices.

Señaló los pocos esfuerzos por entender los mecanismos sociales «cuando todo es política» y la facilidad con la que se critica a los políticos. Tallón observó que mientras el libro de Trueba habla de «qué estamos dispuestos a hacer para alcanzar el poder», el suyo habla de «qué estamos dispuestos a hacer para mantenerlo», y si se trata de hacer una copia de

una obra de arte perdida, adelante. La realidad es inspiradora para ambos pero cada cual la moldea a su gusto. En *Obra maestra* Tallón juega con la ficción pero aparecen personajes reales. Trueba, en cambio, evita cualquier tentación de similitud para darle un carácter más universal a *Queridos niños*.

Amor y odio

«Claro, la novela de David es más conservadora», bromeó Tallón. «Tiene una edad en la que el miedo empieza ya a hacer mella. No quiere meterse en problemas», añadió. «No estoy dispuesto a pedir permiso a nadie para poner en su boca lo que quiero que diga porque soy un novelista. No sé si tú estás dispuesto a esto, David», retó. Trueba prefirió hablar de la relación amor/odio con el Atlético de Madrid, del que también es fan su colega, que hizo extensible a su relación con España.

«Para mí una de las cosas en las que consiste ser de un país es hablar mal de él. Por eso cuando surgió el 'procés' pensé: ¡Uf!, esto va a ser aburridísimo. Consiste en hablar bien de vosotros mismos todo el rato. Es como las redes sociales. Son espantosas». Con esta y otras provocaciones conectaron con un público variado entre el que se hallaba la alcaldesa Ada Colau. ■

El madrileño y el gallego comparten editorial y un sentido del humor peculiar